

La evangelización a los mapuches

Ruth M. Cayul

Es probable que este título sea demasiado prometedor y comprometedor ¿En qué sentido? Primero, no pretendo dar la solución al problema de la evangelización de los pueblos indígenas, ni grandes estrategias de misiones. Segundo, tampoco garantizo que todos los indígenas querrán ser evangelizados.

No seré dogmática en la exposición pues estoy hablando de una minoría étnica cambiante donde todo se torna relativo.

Quien escribe es alguien que ha vivido de cerca todo el proceso de «decaimiento» o «progreso» cultural. Puedo afirmar que todos los pueblos indígenas de América Latina estamos sufriendo un proceso doloroso, una realidad que no puede estar ajena a quienes son y serán nuestros evangelizadores.

El lector dirá que este proceso es algo natural, que debe ser así, y que en mayor o menor grado todas las culturas sufren estos cambios. Estoy de acuerdo, pero como se trata de una minoría hay algunas diferencias. Esto se notó con la celebración de los quinientos años: hubo un auge no sólo en programas de evangelización, sino en lo político, lo social, lo económico, etc. Esto en sí no está mal.

Mi llamado es ahora a la iglesia de Cristo para que alce la voz y proclame que Dios hizo a los indígenas a su imagen y semejanza, y envió a su Hijo Jesucristo a morir por esas personas también. Es decir, para Dios no existen las diferencias que nosotros inventamos. Ve criaturas tuyas, personas valiosas porque él las hizo. Por tanto, no hay derecho de menospreciar o querer implantar otra cultura dentro de esas minorías creyendo que uno es superior. Es inevitable el proceso de cambio, pero no hay que apresurarlo.

Antes de avanzar con la exposición aclararé algunos términos que usaré en este artículo.

Definiciones

1. *Mapuche*: Mapu = tierra, campo o terreno; che = gente o persona. Es decir, «gente de la tierra». Son los habitantes que ocupan gran parte del territorio sur de Chile y que a la llegada de los conquistadores ofrecieron resistencia como ningún otro pueblo autóctono, debido a su sistema de gobierno y espíritu de lucha.

Su idioma se llama *mapuche dungu*, es decir, lenguaje de la gente de la tierra o como lo llaman otros *mapudungu*, lenguaje de la tierra.

2. *Wingka*: Este término es tan antiguo como la conquista de América. Lo usaron mis antepasados para denominar al hombre blanco que llegó de España. Significa ladrón, ya sea de tierras, ganado, mujeres, etc. Lamentablemente con el correr del tiempo se hizo parte del vocabulario del pueblo de tal manera que hasta hoy a todos los no mapuche se los llama así. Pero lo usamos no con la connotación de ladrón sino para hacer una diferenciación.

3. *Reducción*: Según el diccionario es acción y efecto de reducir. Pueblo de indios convertidos al cristianismo.

Se trata de las grandes extensiones de terreno que poseían los mapuche y que luego se redujeron por diferentes razones: ventas descontroladas, robo por parte del hombre blanco, crecimiento de la población, etc. Los indígenas usan mayormente este término para referirse a las comunidades donde se concentran los mapuche, los sectores neta y exclusivamente de ellos.

4. *Cacique*: Jefe o cabeza de una reducción. Por lo general se trata de un anciano sabio que se ha ganado la confianza y el respeto de su gente y al cual obedecen. Vela por el bienestar y progreso de la comunidad. Lamentablemente hoy casi no existen debido a las organizaciones de cooperativas y junta de vecinos, influencia de la cultura blanca.

5. *Machi*: Generalmente es una mujer que desempeña el oficio de curandera de la reducción. Trabaja a nivel espiritual, o sea consulta con seres sobrenaturales para dar hierbas curativas a una persona enferma. También este oficio lo ejercen varones que en su mayoría son afeminados.

6. *Machitun*: Ceremonia de curación de un enfermo. Lo efectúa la *machi* con la ayuda de varias personas.

7. *Ngillatun*: Se define como una fiesta que se hace a *Chaw Ngünechen*, Dios de los mapuche, pidiendo lluvia o buen tiempo, cosechas abundantes, y agradeciendo lo ya recibido, etc. En esta fiesta, que es la más importante del pueblo y que se realiza al aire libre, todas las reducciones representadas consumen mucha comida y bebida típicas del pueblo. Por lo general, dura entre uno y tres días, dependiendo del caso.

El motivo de su celebración es casi siempre necesidades presentes o amenazantes, tales como malos augüeros o visiones que indican calamidades.

El cacique de la reducción se encarga de convocar a su gente al *ngillatun* y hacer los preparativos para llevarlo a cabo.

I. Valores o conceptos del pueblo mapuche

Cuando los españoles llegaron a América con sed de oro, fama y poder, lo hicieron en nombre del cristianismo, no trayendo el evangelio sino un conjunto de tradiciones, reglas, costumbres y paganismo, porque según ellos había que cristianizar, humanizar y civilizar a estos salvajes.

Como el pueblo judío, el mapuche transmite su historia en forma oral por generaciones. Según mis antepasados, el mapuche siempre supo que no había que hacer el mal y todos esos pecados que menciona la Biblia, aun sin conocerla. Por supuesto Dios hizo al mapuche y, al igual que en los demás hombres, colocó en su conciencia la ley (Ro. 1.19-20). Así que los españoles no vinieron a enseñar nada nuevo. Con esto no quiero decir que los indígenas eran santos o completamente rectos en su forma de vivir, pero no mejoraron tampoco. El abuso de alcohol y tabaco y el ultraje de las mujeres son un indicio más que suficiente para sostener que los conquistadores no eran misioneros a pesar de que se creían portadores de un mensaje especial y soldados de una guerra santa. Ahí la vida en comunidad se acabó, transformándose en vida de reducción, para luego comenzar la pesadilla que hasta hoy no termina. Pero, a pesar de ello, el mapuche sigue luchando por sobrevivir y no desaparecer como cultura. Y en ese luchar pueden rescatarse muchos valores.

En esta oportunidad tomaré sólo tres conceptos: Dios, familia y lo que hoy llamamos ecología.

I. Dios

En *mapuche dungu*, *Chaw Ngünechen* = Padre Dios o Dios único. Este concepto es muy rico y no siempre se usa, sino sólo en ocasiones especiales como en la ceremonia de *ngillatun*. Hoy también se habla de *Chaw Dios* = Padre Dios y *Ñidol Jesucristo*, que significa Señor Jesucristo.

Muchos misioneros que han evangelizado a los mapuche no han querido respetar este concepto. Me da la impresión de que les da miedo aceptar un nombre raro que no menciona la Biblia o que simplemente no concuerda con el que ellos saben.

Como mapuche pido a los misioneros que estén trabajando con grupos étnicos, que no echen por tierra el concepto de Dios que éstos tienen. Rescátenlo y presenten a Jesucristo como el Hijo de ese Dios de manera que el evangelio no sea algo extraño a la cultura, algo importado. Son formas distintas de ver las cosas, pero no por eso menos importantes. Somos diferentes en la forma de vida, pero no en creación.

Chaw Ngünechen del concepto mapuche equivale a Jehová de los ejércitos, el Dios todopoderoso y único que menciona la Biblia. Dentro de la creencia religiosa popular existe una especie de confusión. Los mapuche más antiguos conciben a Dios como

Padre Dios = *Chaw Dios Fúta Wentrú Ngünechen*

Madre Dios = *Ñuke Dios Kushe Domo Ngünechen*

Joven hombre Dios = *Weche Wentrú Ngünechen*

Joven mujer Dios = *ülcha Domo Ngünechen*, que está representada al lado de *Ñuke Dios Kushe Domo Ngünechen* (Madre Dios).

Creo que esta confusión se debe más que nada al concepto de familia que tenemos. A los mapuche nos cuesta creer en un Dios Hijo sin un padre, madre y hermana. Es una concepción distinta de la del lector, una especie de trinidad.

En mi pensamiento particular creo que esta confusión nace en la época de la colonización: el español trajo nuevas ideas religiosas a los indígenas que tuvimos que aceptar, como, por ejemplo, el dogma o doctrina de la Virgen María. Mis antepasados la veían como la esposa de Dios que concibió un Hijo. Es algo lógico, después de todo. Pero las nuevas generaciones lo entienden de otra forma.

2. Familia

Este concepto ha cambiado mucho con el tiempo, pero sus principios prevalecen. En la antigüedad existía el matriarcado, la mujer educaba a los hijos en sus primeros diez años y trabajaba la tierra para alimentar a la familia. Los esposos se dedicaban a recolectar fruta silvestre, a la caza o la pesca según el lugar geográfico que poblaban. También se dedicaban a confeccionar armas y preparar a los jóvenes para la guerra. Con la influencia de la cultura blanca esto se revirtió, es decir, el varón comenzó a tener el liderazgo.

Las familias nunca llegaron a formar clases sociales o un Estado que gobernara en nombre del pueblo ni tampoco una organización religiosa. No existía la propiedad privada sino vivían en comunidad.

En la actualidad a los padres mapuche todavía les gusta tener a sus hijos viviendo cerca: hay un vínculo más fuerte que en la cultura blanca. No se concibe la idea de que la familia se separe. Para el mapuche es lo más importante. Se la cuida de extraños y por lo general está bien constituida. No conozco estudios o cifras que hablen de divorcios o separación. Esto no significa que todo marche bien, sino que casi siempre la mujer soporta la vida matrimonial, a pesar de todo, pues respeta o teme a su marido.

Los hijos obedecen a los padres aun cuando no vivan con ellos. Si se independizan tienen más libertad aunque los padres seguirán guiándolos y aconsejándolos hasta el fin. Esta autoridad de los mayores no se impone, sino se granjea y se transmite por generaciones. Para mí esto no es algo teórico, sino mi propia experiencia.

Debido a esto sugiero a quienes están llevando el evangelio a algún grupo étnico que lo presenten primero a los mayores: cacique, *machi*, padres, etc. Si ellos lo aceptan, es más fácil que los demás también lo hagan.

Voy a tomar como ejemplo a mi familia. Nos evangelizaron simultáneamente a padres e hijos a través de programas escolares para niños y adultos. Seguramente que si el evangelio hubiese llegado sólo a nosotros, los hijos, no habríamos influido a nuestros mayores. Fue distinto el hecho de que mis padres hayan conocido a Cristo antes que nosotros, ya que como hijos quisimos conocerlo después, porque creímos que la decisión que ellos tomaron era lo mejor para todos.

En algunas reducciones se puede llegar primero a los niños por medio de los colegios, las escuelas bíblicas, los programas misioneros, etc. Valoren ustedes el

concepto de familia de los indígenas. Si hay algo que no concuerda con la Biblia, Dios tiene su tiempo para corregirlo y los usará como guías u orientadores sabios. Respeten al indígena como persona creada a imagen de Dios. Como mapuche tenemos muchas cosas que enseñarles y esperamos que nos visiten con humildad y espíritu de servicio, dispuestos a aprender, pues de lo contrario habrán perdido la oportunidad de evangelizarnos.

Por lo general, el indígena es una persona desconfiada, por lo que es aconsejable no hablar del evangelio las primeras veces, a menos que el ambiente se preste para ello. Es mejor conocerlos, interesándose por sus cosas con preguntas sencillas y pertinentes. Los indígenas no dicen todo ni les gusta que se les formulen demasiados interrogantes. Como todas las personas, los mapuche tienen cosas muy suyas, secretos de raza, misterios, asuntos de familias, y no permitirán que alguien penetre en ellas a menos que se haya ganado una confianza absoluta. Esto no se consigue en unas semanas de visita o en un par de cultos los domingos; es trabajo de años, servicio dedicado, hecho con amor, sin prejuicios ni engaños.

Lo que sí garantizo es esto: cuando un mapuche se hace un verdadero cristiano, es firme en sus creencias y convicciones, trabaja por Cristo con el sacrificio que no cualquiera está dispuesto a soportar.

Personalmente doy gracias a Dios por mi familia. Somos cinco hermanos más mis padres, todos cristianos. Mis progenitores supieron educarnos en el temor de Dios y nuestra familia es un verdadero refugio, no sólo para los hijos, sino también para los siervos del Señor que llegan en busca de consuelo, ayuda espiritual, estímulos, etc. Una de las cosas que más valoro de mis padres es el amor y la libertad que siempre nos dieron. Nunca nos hicieron propiedad exclusiva de ellos; entonces, como hijos amados, pudimos responder libre y responsablemente a Dios y a ellos. Mucho más podría decir al respecto pero la intención sólo es que el lector tenga una idea de cómo es una familia cristiana mapuche. Es difícil, en la sociedad occidental, ver familias ejemplares cuando ni siquiera ya existen familias constituidas; sin embargo, es posible tomar la sabiduría de Dios y volver a aquellas cosas que no deben cambiar, a los modelos antiguos. El concepto de familia que tenemos va a depender de nuestro concepto de Dios.

3. Ecología

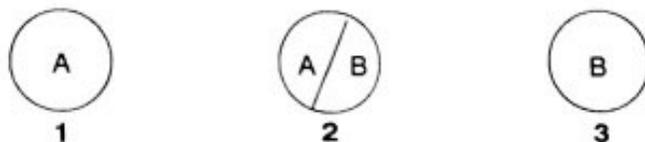
El mapuche no conoce este término en forma teórica, pero sí en la práctica. Y creo que ese es el verdadero conocimiento. A esto lo llamamos **respeto por el medio ambiente** y no es una ciencia o estudio. Creo que siempre lo tuvimos en claro, por varias razones. La tierra consituye el todo para el indígena, pues permite la vida. Lamentablemente algunas personas se van al extremo de considerar a la tierra como un dios, tornándose verdaderos panteístas. Si bien es cierto que Dios en el principio (Gn. 1.11, 12 y 24) dio a la tierra poder productivo, subordinado al Creador, no por ello debe concebírsela como Dios mismo.

Por ser agricultor, el mapuche ama la naturaleza y cultiva sus terrenos esperando el producto del cual depende su subsistencia. Cuando se hace cristiano,

confirma y enriquece su creencia porque su concepto del Creador es adecuado. Sabe que es criatura y como tal debe cuidar lo creado.

II. Crisis de identidad en el pueblo mapuche

Los pueblos indígenas estamos presentando un doble desafío a quien quiera evangelizarnos, pues ya no se trata de un grupo étnico determinado sino de su desintegración, que por lo general se divide en tres partes.



El primer grupo (1) representa a los indígenas autóctonos que aún no han sido influenciados por la cultura blanca. Estos son una pequeña minoría. El tercer grupo (3) son quienes han emigrado a las grandes urbes buscando solvencia económica, mejor educación para sus hijos, comodidades de todo tipo, es decir, un estilo de vida similar al del hombre blanco. Además en este grupo están quienes cambiaron sus apellidos para que la sociedad no los rechace y obtener así un trabajo digno, evitándose problemas y olvidándose de sus raíces.

Por último, en el segundo grupo estamos quienes nos enfrentamos a una verdadera crisis de identidad. El grupo 3 ya sufrió la crisis y sucumbió ante la cultura dominante por diversas situaciones y experiencias.

Si el lector no comparte este enfoque, mi sugerencia es que lo considere, pues es necesario para la evangelización de estas personas.

Usted se preguntará en qué consiste la crisis. Yo la llamo así porque no encuentro una palabra mejor que exprese lo que los indígenas estamos sintiendo, viviendo y hasta sufriendo. Aclaro, no estoy buscando culpables.

Quienes hemos viajado del campo a la ciudad por primera vez, sabemos que el choque cultural que se produce es natural. Ignoramos toda la vida urbana y solos vamos adaptándonos a ella.

Recuerdo cuando viaje a Temuco, ciudad al sur de Chile, para estudiar teología. Era la más ingenua del grupo. Sin ningún tipo de base doctrinal me sentía como un cuerpo extraño. La mayoría de mis compañeros eran líderes de sus iglesias, personas bien preparadas, a las cuales tuve que adaptarme. Esto no me costó tanto porque siempre mi familia estuvo cambiando de domicilio y me acostumbré a estudiar en diferentes colegios y tratar con distintos tipos de personas.

Para el indígena que no pasó por esta experiencia es muy difícil adaptarse a otros medios sociales. ¿En qué podría ayudar el evangelio? Por un lado, podría prepararse a las personas que vivirán esta crisis y, por otro lado, debe haber iglesias en condiciones de recibirlos adecuadamente. El ejemplo que di es uno de los

muchos. Básicamente el problema está en que uno no se siente indígena, no porque quiera negarlo sino porque se vive así en la práctica. Lo que quiero decir es que, aunque uno quiera vivir como un indígena, no puede.

1. Su realidad frente a la sociedad dominante

Dejo en claro que no es mi intención reclamar derechos, pedir que se haga justicia o criticar a la sociedad, sino más bien hacer un llamado a los cristianos que están haciendo algún tipo de trabajo misionero entre los indígenas: no los obliguen a retomar lo que antes en la práctica la sociedad les enseñó a rechazar. En otras palabras y considerando los tres círculos representativos expuestos anteriormente con sus respectivos problemas, deje a los indígenas ser indígenas. Amenlos como son ahora, no intenten cambiarlos ni los rechacen porque no cumplen con su expectativa cristiana. Ayúdenlos pero no les impongan algo que ellos no quieren volver a sufrir.

Mis planes para el futuro incluyen volver a trabajar como misionera en este pueblo, para preparar líderes capaces de enseñar a amar a su pueblo y respetarlo como tal, a pesar de los problemas que esto significa. Digo esto con la base que me da la experiencia personal. El declarar nuestra identidad nos hunde o nos levanta. Cuando estaba en la primaria, mis compañeros *wingka* se burlaban de nosotros porque éramos de otro color, hablábamos diferente, nos vestíamos con mucha modestia, etc. Cuando el profesor tomaba lista, yo no quería que nombrara mis apellidos porque sabía que todos mis compañeros se reírían como si el maestro hubiese contado el más excelente chiste. Lo mismo sucede hoy. En mí personalmente este ataque elevó mi sentimiento de dignidad por ser mapuche, pero a muchos otros esto les hace daño. No sé si en otros países sucede lo mismo debido a que no hay gran porcentaje de indígenas o por lo vasto del territorio no se nota la presencia de ellos.

Las preguntas que me surgen son: ¿Me trajo algo bueno ser mapuche? ¿Podré amar a aquello que sólo provocó problemas en mi vida? No juzgo a quienes no se atrevieron a enfrentar a la sociedad que se burló de ellos, a quienes cambiaron sus apellidos para conseguir un mejor trabajo, a quienes se hicieron *wingka* para evitar que sus hijos sufrieran lo mismo. Esa es nuestra realidad hoy, y quienes nos evangelizarán no pueden ignorarla.

En este último tiempo, con la importancia que se les ha dado a los quinientos años de conquista, hasta los cristianos caemos en el error de querer rescatar a toda costa lo que los colonizadores tiraron por la borda. No digo que esto esté mal mientras no sea un fin en sí mismo. Cuando esto último prevalece sobre el evangelio es que nuestros evangelistas deberán pensar si son realmente hijos de Dios o hijos de un determinando sistema religioso que desca ser adornado por un grupo autóctono.

Recuerde que muchos indígenas no querrán volver a las costumbres de sus antepasados, y debe respetarse su negativa ya que tienen sus razones. Otros responderán con su silencio e imparcialidad. El resto, que sí querrá tomar lo

perdido, primero debe experimentar la conversión. Dios se encargará de dar el verdadero valor y lugar a la cultura.

2. Su realidad frente a sí mismo

Por lo general, el anciano mapuche siente nostalgia por todo lo perdido, se siente impotente ante las generaciones nuevas que no quieren conservar la cultura, y lucha por que ella no se pierda, aunque sabe que este bregar no es efectivo. En algunos de estos ancianos se refleja la desesperanza, porque hubo cosas de mucho valor para ellos que hoy ya no existen. Otros se enojan contra los jóvenes y les reprochan el que no hablen el idioma o el que se avergüencen de ser mapuche. El indígena se siente confundido, no sabe quién es ni cómo actuar, sobre todo cuando va a la ciudad y se enfrenta a situaciones nuevas. Está desamparado: nadie le dice, por ejemplo, cómo realizar trámites legales, cómo vender sus productos a buen precio, o cómo comprar sin miedo a ser engañado. Esto produce una inseguridad tremenda en la persona. Nos da temor salir y que nos vean como foráneos, intrusos, indeseables y hasta poco estéticos.

Tal vez el lector no comparta totalmente esto, y lo entiendo. Sin embargo, es así, y el hecho de que no lo crea no cambia las cosas, no significa que este problema no exista: siempre está y hay que ser indígena para comprenderlo. Al hablar de ello pienso principalmente en el grupo 1 del gráfico anterior. Los del grupo 2 lo sufrimos siempre (es como un proceso) y los del grupo 3 ya lo sufrieron.

3. Su realidad frente a la iglesia local

No es mi deseo criticar para destruir, sino para corregir errores que como cristianos somos propensos a cometer.

Es típico de las iglesias tradicionales encasillar a sus miembros en determinadas costumbres o formas de liturgia, lo cual también llevan también a los puntos de predicación o lugares que consideran campo misionero.

Al principio dejé en claro que el indígena mapuche tiene conceptos muy adecuados acerca de Dios, la familia, etc. Sin embargo, no siempre el evangelista considera esto de valor.

En nombre de los mapuche y de los indígenas en general, me atrevo a exponer una de las formas que creo sería muy efectiva para nuestra evangelización y que es todo un desafío para la iglesia.

Si en realidad se quiere alcanzar a los grupos étnicos, debe tenerse en cuenta a cuáles de los tres niveles (A, A/B o B) se quiere llegar, pensar en un buen proyecto, y ocuparse de trabajarlo considerando bien los métodos a utilizar y trazando las metas que se quiere alcanzar. Con esto no estoy dejando a un lado a Dios ni al obrar de su Espíritu Santo. Creo en un Cristo inteligente que planificó y evaluó su ministerio terrenal. Creo en un Dios al que le gusta trabajar con los seres humanos y por medio de ellos, y quiere que este se proyecte, que sea emotivo pero también racional. No creo en las misiones como algo extra, que se realiza los domingos en ciertos lugares. Misión es más que eso. Es dedicarse a hacer algo bueno y es hora

de que despierten los misioneros y se atrevan a servir, pues eso es lo que importa. Dios no nos llama a hacer adeptos y a multiplicar el número de los que se congregan. Nos llama al servicio; la grandeza del líder es su capacidad de servir (Lc. 14.25-33).

Como mapuche recomiendo no ir con el título de «misionero» a uno de estos lugares. No está mal estudiar teología: yo también lo hago. Pero no vaya con eso sólo. Es recomendable realizar otro tipo de trabajo y enseñarlo. Vivir como uno de ellos, hacer lo que Jesús hizo. El era el Hijo de Dios y, aunque lo reconocía cuando alguien se lo decía, nunca se aferró a ello. Fue también un carpintero y seguramente su profesión le ayudó en su ministerio. ¿Por qué ocupamos sólo de la Biblia? ¿Por qué no servir como verdaderos cristianos? ¿Por qué esa dicotomía entre lo sacro y la realidad en que vivimos? ¿Por qué tanto miedo de entregar un evangelio integral, sencillo, el que nos muestra la Biblia y nos gusta adornarlo complicándolo? Al parecer es conveniente espiritualizar todo así se ahorra trabajo. Lamentablemente, este trabajo es una realidad importante que no se puede dejar a un lado. Hemos caído en la pasión por los números. Gracias a Dios que Jesús hizo discípulos, no prosélitos (Jn. 6.60-69; Mr. 1.16-20, 22).

El pueblo mapuche ve la vida, tal vez, un poco diferente de la manera en que la ve el occidental. Al menos eso ocurría con mayor intensidad hace algunas décadas. Hoy nos parecemos cada vez más al hombre moderno y el evangelio se usa para este fin. Muchos mapuche han llegado a formar parte de una iglesia tradicional rompiendo totalmente con su cultura. La religión del hombre blanco les hizo entender que cualquier manifestación religiosa autóctona es peligrosa: puede haber animismo, politeísmo, o un simple sincretismo que el evangelio no soporta.

Con esto no quiero decir que todos nuestros conceptos sean adecuados y buenos. Tenemos errores y pido a los misioneros que se tomen el tiempo necesario para estudiar e investigar el pensamiento del pueblo. Consideren lo bueno y rescaten lo precioso de lo vil, como lo haría Dios (Jer. 15.19). No lleven el evangelio de Jesucristo adornado con su cultura. Creo que es tiempo de despertar a la realidad de estos pueblos siendo conscientes y sensibles a su gran necesidad de Cristo. Despójense de tradiciones, costumbres y reglamentos eclesiásticos de importación e intérmense en la vida de estas familias, pues allí está el trabajo. Cada uno de ellos es un mundo aparte, un dilema. Dios los ama y quiere salvarlos.

III. Prediquemos al Dios de gracia

La primera pregunta que surge en mí es cómo los indígenas podrán creer en el amor incondicional de Dios si como pueblo llevan siglos de rechazo de parte de los que les trajeron *el mensaje de este Dios*? Otra vez aclaro que no es mi intención justificarnos por no creer. No pretendo con esta exposición inspirar lástima, sino mostrar la realidad de los indígenas. No niego que hay cristianos mapuche, pero son más legalistas que quienes les predicaron el evangelio y esto es explicable.

La gente de campo es muy sacrificada, su vida es un continuo luchar y sufrir. Todo les cuesta. Especificando un poco más, quinientos años peleando en contra de tantos opositores va endureciendo a las generaciones. Al mapuche de hoy le cuesta mucho aceptar que Dios lo ama gratuitamente. Piensa que hay un interés de por medio que no es tan sencillo. Siempre ha sido así. Predicarles al Dios de gracia también es difícil. Noté este hecho en el tiempo que trabajé con ellos. No entendieron que la salvación es por gracia e iniciativa de Dios. Teóricamente lo creen, pero en la práctica no. Ese deseo de pagarle a Dios la salvación los impulsa a grandes sacrificios para llevarles el evangelio a otras comunidades. Si el legalismo sirve para algo, es que nos hace trabajar por la causa de Cristo (Fil. 1.18) Desarraigarlo de las iglesias es tarea del Espíritu Santo por medio de nosotros.

1. Sistema religioso en lugar del evangelio

Por la historia sabemos acerca de cómo evangelizaron los primeros católicos en América Latina. Muchas veces, al comparar nuestra manera de cumplir la Gran Comisión que nos dejara Cristo con la de ellos, descubrimos que su trabajo tenía más deficiencias que buenos resultados. Luego nos jactamos de haber conocido la verdad y, al igual que los colonizadores, nos sentimos los responsables y encargados de llevar a cabo esta tarea santa y exclusiva que nadie más podría realizar.

¿En nombre de qué o de quién está evangelizando usted hoy? ¿De una denominación? ¿De Cristo? Los españoles lo hicieron en nombre del cristianismo, de la corona y en honor de la *civilización*.

Nuestras congregaciones son un fiel reflejo de lo que hemos entregado: legalismo, tradiciones, liturgias, etc. No hemos dado el evangelio mismo, la gloriosa noticia de lo que Cristo ya cumplió e hizo como sustituto nuestro. No hablo de *gracia barata* como bien decía Bonhoeffer.

La religión es el esfuerzo del hombre por llegar a Dios. Nuestro legalismo nos lleva a una simple religiosidad, a una rutina pseudoespiritual que dista mucho de la verdadera vida cristiana, aquella que no pierde su atractivo porque no se basa en la ley sino en la gracia, no se apoya en el esfuerzo humano sino en la Fuente de la Vida, Cristo Jesús (Sal. 1.3; Gá. 2.19-21).

2. ¿Cuál es nuestro concepto de Dios?

La respuesta a esta pregunta es muy personal: cada uno tiene su propio concepto de Dios. Percibimos a Dios de diferentes maneras, según las cuales somos y actuamos. Esto determina lo que creo y no creo, lo que acato y no acato, lo que vivo y me niego a vivir. Las otras preguntas que hay que formularse son: ¿Es adecuado mi concepto de Dios? ¿Qué o quién determina si es correcto o no? ¿Cómo puedo saberlo? Sé que hay muchos escritos al respecto, y no entraré en detalles porque lo que me interesa es la consecuencia que se desprende de esto. Cuando mi concepto de Dios es el correcto, tomaré en serio a Dios, creeré y obedeceré lo que me dice, aunque también miraré la vida, la realidad, a las

personas, desde la perspectiva divina. ¿Es posible eso hoy? La vida cristiana, el estilo de vida de Jesús, no es algo irreal. Si así lo fuera, Dios no nos pediría vivir de esa manera. Sin embargo, en nuestra sociedad es muy difícil vivir así porque ello significa riesgo, muchas veces hacer el ridículo, y requiere valentía, voluntad, dedicación y paciencia.

Personalmente en más de una oportunidad me he preguntado si quiero realmente ser cristiana. Luego me respondo que sería más difícil vivir siendo no cristiana. ¿Por qué? Pues porque como cristiana nunca estoy sola. Cristo vive en mí y esta realidad se vive en la práctica.

Un concepto adecuado de Dios me hace consciente de la necesidad que otros tienen de él. Es mirar como Dios mira. Dios utiliza recursos humanos (tanto a usted como a mí que ya hemos sido regenerados) para comunicar sus verdades y corregir los errores. Quiere y desea fervientemente hacernos pescadores de hombres. Es muy interesante notar lo que Jesús dice antes de hablar de este tema. Primero hace una invitación que implica voluntad y compromiso: «venid en pos de mí», es decir, «sígueme, sigan mis pisadas». Jesús muestra un estilo de vida e invita a sus discípulos a practicarlo para hacer más discípulos. Su estilo de vida hará que seamos pescadores de hombres, no religiosos. Sólo si tenemos el estilo de vida de Jesús, haremos verdaderos discípulos.

3. ¿Evangelización o proselitismo?

Es bueno considerar esta pregunta hoy. Se ha escrito bastante al respecto y hay unos cuantos autores que ven al proselitismo como algo positivo y hasta tal vez necesario, dependiendo del enfoque que se le dé.

No voy a considerar esto pues no es mi objetivo. Comenzaré diciendo que para saber si soy un verdadero cristiano debo vivir esta vida inserto en la realidad y no aislado de ella. Si bien la salvación es personal, la vida en Cristo debe vivirse en comunidad, en interacción con otros. La Biblia llama a esto *koinonía*. No existe esta vida fuera de ese ámbito. Somos llamados a vivir un estilo de vida diferente del sistema del mundo, pero en él. ¿Cómo, pues, podríamos diferenciarnos del sistema que rige al mundo sino viviendo dentro de él aunque sin conformarnos a él? Como humanos caemos en la ley del péndulo: nuestra tendencia son los extremos. Cuando la Biblia nos dice que somos nación santa, real sacerdocio, separados por Dios para un propósito especial, que no puede cumplirse en otra parte del cosmos que no sea en el lugar en donde vivimos, nos separamos de los vecinos, amigos, familiares, etc., como si eso fuera lo que Dios nos pide.

¿Es ese el estilo de vida de Jesús? ¿Hizo él eso? ¿No fue su vida una continua interacción? Es más, ¿no comió con publicanos y pecadores? Por supuesto que no somos Jesús, pero él es nuestro modelo, nuestro Señor y Dios. El jamás perdió su identidad pues sabía muy bien quién era: el Hijo de Dios.

El apóstol Pablo también vivió su vida cristiana sin desconectarse de su realidad. El pasearse por el areópago predicando al Dios desconocido en medio de

tantos ídolos no lo hizo pagano. Si somos hijos del Rey, debemos vivir y actuar como tales. Dios no nos llama a perder nuestra identidad ni a anularnos como personas. Todo lo contrario, él verdaderamente nos humaniza.

El hacer misión o evangelizar en una cultura diferente de la nuestra implica transculturación. Cada cristiano nacido de nuevo es un evangelista y misionero en potencia. Esto es aquí y ahora. El ir a otra cultura no es más misión que el quedarse viviendo en su lugar de origen testificando o influenciando a quienes no conocen otra alternativa de vida.

¿Implica esto que todos debemos quedarnos quietos en nuestro lugar cumpliendo la Gran Comisión? No, esto no es bíblico. Dios en su soberanía ha de utilizar a sus siervos para llevar a cabo sus propósitos. Lo que quiero destacar es esto: soy cristiano las veinticuatro horas del día en todo lugar. No soy más santo los días que estoy reunido con la iglesia, ni me hace merecedor de bendiciones el hecho de tener una función eclesial.

El cristianismo es el estilo de vida de Cristo, caracterizado por el servicio. Dios me llama a servir y fundamentalmente este mandato no cambia de una cultura a otra. El servicio y el amor (y no el poder) constituyen el sistema que rige el reino de Dios (Fil. 2.3-8). Este pasaje nos habla claramente de que Jesús no se aferró a la garantía de ser Dios, sino que se hizo siervo para que usted y yo tuviéramos la oportunidad de vivir como él. Es hermoso pensar cómo Jesús compartió lo suyo con otros. No hay egoísmo. Vivir su estilo de vida va a traer consecuencias directas, como lo dije anteriormente. Pero cuidado, esto no es un fin en sí mismo, sino el producto de haber sido salvos.

Este estilo de vida llevó a Jesús a la cruz y nos llevará a nosotros también. René Padilla, en su libro *El evangelio hoy*, dice lo siguiente:

Si Dios obró la reconciliación desde la situación humana, la única evangelización que cabe es aquella en que la palabra se encarna en el mundo y el evangelista se hace «esclavo de todos» para ganarlos para Cristo (1 Co. 9.19-23). La primera condición de una evangelización genuina es la crucifixión del evangelista. Sin ella el Evangelio se convierte en verborragia y la evangelización en proselitismo.

La iglesia no es un club religioso ultramundano que organiza excursiones al mundo para ganar adeptos mediante técnicas de persuasión. Es la señal del Reino de Dios: vive y proclama el evangelio aquí y ahora *en medio de los hombres...*¹

¿Cuál es su disposición a vivir como Cristo vivió sabiendo que ello lo llevará a la crucifixión? La respuesta es personal y la garantía, Cristo mismo. La vida cristiana no se vive en lugares celestiales sino en el mundo.

¹ Certeza, Buenos Aires, 1975, p. 126.

IV. ¿Cómo alcanzar a un grupo étnico?

Según lo expuesto, ¿cuál considera que sería la mejor forma de evangelizar a un pueblo indígena? ¿Cómo cree que lo haría Cristo? Hablo específicamente de estos pueblos porque no se ha realizado un trabajo muy fructífero entre ellos. Si bien es cierto que, por ejemplo, dentro del pueblo mapuche de Chile hay bastantes cristianos, no es menos verdad que un buen porcentaje de ellos no ha sido verdaderamente evangelizado. Pertenecen a alguna iglesia o denominación local pero no han experimentado una conversión genuina. No se trata de cristianización sino de regeneración.

1. La estrategia de Jesucristo

Personalmente estoy dando mucho énfasis a la praxis, a poner en práctica el estilo de vida del Señor Jesús que se da naturalmente como consecuencia de haber sido salvos. Por supuesto que todos somos diferentes y Dios usará esa diferencia para manifestarse de distintas maneras.

En el segundo capítulo de la carta de Pablo a los Filipenses, se nos revela parte del misterio de Cristo al tomar semejanza de hombre. Vino a nacer dentro del tiempo y espacio humanos. Fue miembro de una familia en particular y se desarrolló como una persona normal. Tuvo un trabajo para subsistir, amigos, etc. Fue un ciudadano judío. De la misma manera en que Cristo se identificó con nosotros es necesario que nosotros nos identifiquemos con aquellos a quienes queremos alcanzar.

Mirando su ministerio encontramos que escogió doce hombres para impregnar en ellos su propia vida. Seguramente antes los había observado y se los había pedido a Dios en oración. En Marcos 3.13-15 vemos la soberanía de Jesucristo para escogerlos y la voluntad de ellos para aceptar la invitación. Jesús no los presiona; los impacta y los llama, no para enviarlos a predicar en seguida, sino para que estuviesen con él. Eso es exactamente lo que nosotros no queremos hacer porque implica dedicación, tiempo, amor, paciencia y disciplina. Durante este tiempo millones van al infierno sin Cristo; las estadísticas nos asustan, pero debemos detenernos y reflexionar que el tiempo de Dios, si es que Dios tiene tiempo, no es el nuestro. Es importante ser suficientemente sensibles como para oír su voz diciéndonos qué quiere. Hemos descuidado lo importante para realizar lo urgente.

Si aplicamos esta estrategia a algún pueblo indígena, tendría excelentes resultados, ya que, por un lado, se evangelizaría y, por otro, se prepararían líderes para que evangelicen a su propio pueblo sin barreras culturales.

El evangelio de Lucas nos muestra el resultado del discipulado que hizo Jesús. Antes de morir no envió doce hombres a predicar, sino setenta. No fue con ellos sino los envió con su autoridad, respaldo, instrucciones y enseñanzas plasmados durante tres años de ministerio (Lc. 10.1, 11, 17-20). Aplicó el

«yendo haced discípulos» (Mt. 28.19). No menospreció el trabajo de ellos, ni lo hizo por ellos.

Cuando vamos a un grupo étnico cualquiera y hacemos todo el trabajo, comienza entonces el paternalismo, la pasividad y el conformismo. Indirectamente estamos transmitiendo este mensaje: «Nadie puede hacerlo mejor que yo. Ustedes no son capaces. Para que algo salga bien debe hacerlo un misionero.» Después nos quejamos porque nadie quiere trabajar, y nosotros mismos quisimos que así fuera.

2. Grupos étnicos: un desafío para la iglesia

Una iglesia local sana es aquella que evangeliza en forma oral, respaldando su mensaje con vidas consecuentes. Las etnias son un desafío para la iglesia. Es necesario alcanzarlas con el mensaje de salvación realizando un trabajo serio y comprometido, aplicando las estrategias adecuadas y utilizando los métodos como medios para lograr el objetivo antes propuesto. Si la iglesia no tiene objetivos claros, nunca llegará a ningún lado.

Si tuviera que trabajar dentro de un pueblo indígena, ¿cuál sería su proyecto para realizar esta tarea en forma efectiva? ¿Considera necesario dicho proyecto? Espero que sí. No olvide que planificar, proyectarse, estudiar los posibles resultados y evaluarlos es de gente inteligente. La iglesia está llamada a hacer una tarea específica y todos sabemos cuál es. Esta empresa es demasiado grande, pero nuestro Dios es el Dios de lo imposible (Jer. 32.27).

Somos soldados preparados para la batalla que Dios mismo peleará, porque la salvación es suya, no nuestra ni de una determinada denominación. Mientras que no seamos conscientes de ello la tarea de evangelizar o misionera será una carga pesada o un afán por aumentar la membresía.

Una batalla no se gana a la defensiva. Atrévase a luchar como David con las armas que Dios le dio, porque el Señor Jesús nos hizo más que vencedores (Ro. 8.27; 2 Ti. 1.7).

3. Principios para una evangelización eficaz entre los mapuche

1. Demostrar el amor de Dios de la manera más correcta, según su cultura. Los mapuche son muy reacios al evangelio, les cuesta entender que Dios, *Chaw Ngünechen*, les ama. Necesitan el amor de Dios de forma práctica.

2. Orar al Señor. Esto es esencial para toda actividad espiritual, recordando que no tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra huestes espirituales de maldad (Ef. 6.12-18). El pueblo mapuche es muy pagano.

3. Demostrar respeto por la cultura mapuche cuando se habla con ellos. No hay cosa que les haga sentirse mejor que hablar de ellos mismos. Las culturas no son superiores ni inferiores; sólo son distintas. Hay que hacer que el mapuche vea que el evangelio puede practicarse en su cultura sin menospreciar su sistema de vida.

4. Entender bien los puntos de fe que los cristianos aceptan. Debe conocerse lo que los mapuche rechazan y dejarles bien en claro la obra de Cristo en la cruz, su resurrección y segunda venida.

5. Presentar el testimonio personal de la manera más natural y sencilla, y hacer una comparación de mi vida anterior con la actual.

6. Usar los mejores principios de evangelización intercultural. Las palabras sólo son símbolos de verdaderos significados y no los significados en sí.

No hay que sacar a los convertidos de su cultura. Luego de tener un buen número de creyentes es tiempo apropiado de bautizarlos. Es menester establecer con ellos un grupo que predique el servicio y la adoración de manera práctica e informal, no ritualista o tradicionalista, sino con alabanza y liturgia en su propio idioma.

Hay que reconocer que la evangelización de los mapuche y del mundo entero solamente puede hacerse en el poder del Espíritu Santo. Nosotros, usted y yo, debemos depender enteramente de él. Hay que reconocer que las energías humanas no pueden reemplazar la actividad divina ni tampoco puede medirse el éxito espiritual en términos de logros humanos: la efectividad de nuestros esfuerzos no dependerá de la habilidad humana, sino de la actividad soberana del Espíritu Santo.

Dios ha bendecido grandemente a Chile, especialmente en los últimos ochenta años. Ha derramado su Espíritu Santo y su gracia de tal manera que el pueblo evangélico ya supera el 26% de la población total de nuestro país.

Cuando Dios bendijo a Abraham (Gn. 12.3) quería que esa bendición alcanzara a todas las familias de la tierra. Dios nos ha prosperado y multiplicado en gran manera y su intención es que compartamos esta bendición con otros pueblos que esperan recibir lo que nosotros tenemos. Si guardamos las bendiciones sólo para nosotros, corremos el riesgo de perderlas.

En Juan 14.12 dice: «El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también ... y todo lo que pidieris al Padre en mi nombre, lo haré para que el Padre sea glorificado en el Hijo».

Para que la iglesia de Jesucristo en Chile haga entre los mapuches y en el mundo las mismas obras que Dios hizo, sus miembros tendrán que aprender a pedir que su poder y su gloria se manifiesten aquí en la tierra.

Las fuerzas satánicas son una realidad continua para cada siervo de Dios. «El dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio» (2 Co. 4.4). Tanto el misionero como los que lo apoyan desde su lugar de envío deberán usar las armas que Dios ha dado para destruir la obra de Satanás. «Las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia de Cristo» (2 Co. 10.4-5).

Hay que pedir al Padre todas las cosas necesarias para realizar la obra: «Que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí [Cristo], perdón de pecados y herencia entre los santificados» (Hch. 26.18).

4. Métodos o estrategias

Como dije anteriormente no hay un método mejor que otro, sino que se complementan. Aquí voy a mencionar muchas maneras de llegar a los mapuche. Tal vez algunos dirán que suena muy idealista o utópico, pero sea como fuere, las daré a conocer.

Es sabido que los mapuche son desconfiados, reacios al evangelio, tímidos y muy exigentes. Hasta el momento y según la información que esta investigación aporta, muchas comunidades han oído el evangelio, de manera que lo que nos queda por hacer es:

1. Aprovechar los grupos cristianos existentes, comenzando con lo que hay. Sin duda existen buenos elementos artísticos y con capacidad de liderazgo. Sería muy bueno observarlos y capacitarlos para que sean líderes cristianos capaces de dirigir bíblicamente a otros.

2. Educar a las congregaciones no mapuche que están trabajando entre ellos, para que conozcan y valoren la realidad e historia del pueblo mapuche y que sepan con quiénes se enfrentan, la universalidad de la iglesia, la dignidad de la cultura, con el fin de que no haya discriminación racial.

3. La persona que va a evangelizarlos debe ser abierta, natural, amistosa; dispuesta a identificarse con ellos, y con una gran capacidad de servicio. Debe adaptarse al medio y, mejor aún, vivir con los mapuche.

4. Se debe comenzar con el evangelio amistoso, visitando casa por casa en forma constante. Si se falla un día, cuesta reunirlos de nuevo. En este sentido son muy exigentes, pero también muy considerados si se es constante.

Es bueno, mientras sea posible, comenzar con el cacique o líder de la comunidad. Esto da mucha ventaja puesto que generalmente el resto imita a su jefe. También es bueno comenzar con los padres, pues los hijos aún están muy sometidos a ellos, los obedecen y respetan.

Una vez que el evangelio ha penetrado es recomendable el culto familiar. Esto no se puede hacer en masa, sino en forma individual o por hogares. Lleva mucho tiempo, pero los frutos son seguros.

El testimonio personal es primordial. Los mapuche creen más en lo que hacemos que en lo que decimos. Por ejemplo, cuando invitan a su casa no se los debe rechazar; por el contrario, hay que demostrarles que uno se siente bien y que participa con agrado de sus cosas. Hay que interesarse por sus cosas, problemas e inquietudes. Esto les hace sentirse muy bien.

Las campañas de evangelización no dan resultados. Creen y temen a los demonios y, por lo general, es fácil que se conviertan al ver una expulsión de demonios y sanidades.

5. Hay muchos mapuche analfabetos que necesitan aprender a leer y escribir para estudiar la Biblia. Muy pronto estará lista la traducción del Nuevo Testamento al mapudungu. Sería muy interesante que aprendieran a leer y escribir en su idioma.

6. Los mapuche necesitan educación en todo sentido. Es muy importante enseñarles a cultivar sus terrenos para una mayor producción, a vender sus productos en forma justa para que no los engañen, a criar ganado e invertir dinero. También es importante educarlos en la higiene y el cuidado de los niños, enseñarles principios éticos, prevenirlos de vicios como el alcohol, que es lo que más los afecta.

7. Plantear a las autoridades la necesidad de implementar colegios con profesores cristianos que sepan enseñar la Biblia en forma sistemática. Crear actividades y centros de entretenimiento (deportes) para ellos, así como centros culturales en donde desarrollen sus habilidades artísticas.

8. Establecer en cada grupo humano una comunidad cristiana que se dedique a la oración, el discipulado, la evangelización y la extensión del cristianismo a otras comunidades.

9. Crear centros cristianos en lugares donde no hay iglesias.

10. Producir programas radiales mapuche, con gente preparada. Hacer buenas estrategias de mensajes, canciones o alabanzas de mapuche y en mapudungu. □